

XXVI. JOSE DE SANTA MARIA

26 de Abril de 1987

Muy queridos todos en SM:

Diez años atrás hicimos un retiro de tres días centrado en la persona y presencia de san José. Muchos de ustedes lo recordarán. Desde aquel entonces estaba deseando escribirles sobre él; siento que ha llegado la hora porque puedo hacerlo con él y desde él.

Motivos de esta carta

En otras oportunidades José se nos hizo presente: como modelo y maestro de oración, trabajo, soledad y silencio; como padre de Jesús y esposo de María. Pero todo esto no es suficiente. Se impone algo más, y tengo mis motivos:

- Conocer y amar más a *Jesús*, “hijo de José” (Mt. 13:55; Lc. 4:22; Jn. 6:42).
- Profundizar el misterio de *María*, esposa virgen de san José (Mt. 1:18,20,23-25).
- Acercarnos a él mismo, a *José*, el santo más grande del cristianismo, pues después de María fue quien estuvo más cerca de Cristo y, además, a su extraordinaria misión correspondió una santidad proporcionada (Cf. León XIII, *Quamquam pluries*; Pío XI, Alocución del 19-III-28).

Hay todavía otras razones que me mueven a presentarles a este padre y amigo: Crecer en la verdadera devoción a los santos a fin de que Dios sea en ellos y por ellos glorificado. Devoción verdadera que consiste en: imitar sus ejemplos, participar en su intimidad y recibir la ayuda de su intercesión (Cf. *Lumen gentium*, 50-51).

Agrego, asimismo, un par de motivos propios o personales, que el corazón también tiene sus razones. Mis cinco hermanos, hermana incluida, y mi padre se llaman José como segundo nombre, y yo también. La devoción la mamé de mi madrina de bautismo y ella misma se encargó de grabármela como con un sello el último día que la vi en esta vida. Fue en una sala de terapia intensiva; los médicos habían dicho que no había ninguna esperanza; yo se lo comuniqué, ella ya lo sabía. Estaba serena y lúcida, me mostró su brazo izquierdo, en torno a su muñeca tenía el “cordón de san José, patrono de la buena muerte”. Balbuceó: estoy con él. Su Santo la vino a buscar el día de la fiesta del Carmen, su advocación y devoción preferida.

El camino de esta carta lo trazaré al andar. Tomaré por guía el evangelio y la tradición, la cristiana y la judía. Recurriré también a nuestra propia experiencia humana y personal y, cuando sea necesario, a la teología católica. Me permitiré omisiones a fin de no hablar de lo que ignoro o de lo que todos sabemos. Pido ayuda a su hijo, esposa y amigos: a José no se lo ve, se lo contempla o se lo adivina; quiero contemplarlo más que inventarlo; sé también que suele esconderse para que Jesús, María y los otros sobresalgan más y mejor.

1. JOSÉ EL ARTESANO

Nombre y familia

Lo primero que intriga de nuestro santo es su *nombre*. Hay varias etimologías posibles. Me quedo con una. *Yosef*, en hebreo, es apócope o abreviación de *Yosef'el*, lo cual significa “que Dios añada”, sobreentendiendo, “otros hijos al que ha de nacer o ha nacido” (Cf. Gn. 30:24). José es, pues, un nombre que denota agradecimiento y deseo. Podemos pensar que la madre de nuestro santo

deseaba tener una numerosa prole, aunque no sabemos cuán grande fue. Sí sabemos que *Yosef'el* fue padre de muchos, de muchísimos, de todos nosotros; es padre de la Iglesia a causa de su único hijo, Jesús.

Ignoramos quién fue el *padre* de José, pero obviamente alguien fue. Los evangelistas nos dan dos nombres distintos: Jacob y Helí (Mt. 1:16; Lc. 3:23). Se han dado muchas explicaciones para armonizar este doble dato, pero para decirles la verdad ninguna me ha terminado de convencer.

Mateo parece haber utilizado para elaborar su genealogía una tradición popular sobre el linaje de David. Lucas se habría servido de alguna lista proveniente de judíos de lengua griega. En ambos casos no parece tratarse de genealogías procedentes de archivos. Tanto uno como otro demuestran mayor preocupación teológica que genealógica. Mateo quiere acentuar que Jesús es hijo de David y de Abraham (Mt. 1:1); Lucas, por su parte, subraya la filiación divina del hijo de María, esposa de José (Lc. 3:38).

Hay, no obstante, un dato cierto y seguro: José es de la familia del rey David. Pero no soñemos con grandezas; la dinastía davídica había conocido tiempos de gloria, pero en los días de José contaba poco o nada en cuanto tal.

Sabemos todavía algo más. Eusebio de Cesárea, obispo de dicha ciudad al comenzar el siglo IV, conserva en su *historia eclesiástica* un interesante testimonio de Hegesipo, cristiano oriundo de Palestina y perteneciente a la primera generación después de los apóstoles. Veamos los datos documentados por Eusebio, que, si bien no sobresalió como teólogo, se destacó como historiador:

“Celebraron un consejo sobre quién debía ser juzgado digno de suceder a Santiago, y todos, por unanimidad, decidieron que Simón, el hijo de Clopas, era digno del trono de aquella Iglesia por ser primo del Salvador, al menos según se dice, pues Hegesipo refiere que Clopas era hermano de José” (*Historia eclesiástica*, III:11; cf. IV: 22,4).

Hegesipo, buen conocedor de las *tradiciones familiares de Jesús*, nos está diciendo que Simón, hermano de Santiago (Cf. Hech. 26:17ss.; Gál. 1:19), hijo de Clopas, sobrino de san José, fue el segundo obispo de Jerusalén.

Los evangelistas nos dan también testimonio de estos dos sobrinos de José y, quizás, de otros dos más: José y Judas (Mc. 6:3; Mt. 13:55). Y hasta parecen decirnos que la madre de ellos se llamaba María (Cf. Mt. 27:56; Mc. 15:40; Lc. 24:10; Jn. 19:25).

En definitiva, conocemos ya a un hermano de José: Clopas; a su cuñada María y a cuatro de sus sobrinos: Santiago, José, Simón y Judas. Estos buenos sobrinos no fueron seguidores de su primo Jesús durante los años del magisterio público de éste (Cf. Mc. 6:31-35; Jn. 7:7-10); pero después de la pascua forman ya parte de la comunidad cristiana de Jerusalén (Cf. Hech. 1:14; I Cor. 9:5); para estas fechas el tío José ya era difunto.

¿Era José mayor o menor que su hermano Clopas? Si acudimos, una vez más, a las etimologías de los nombres, podremos aventurar una respuesta. Clopas, en hebreo, y su equivalente griego Cleopas, significa: “orgullo del padre”, es decir: primogénito. Con lo cual la pregunta queda respondida. La santa curiosidad puede suscitar otros interrogantes: ¿quién era aquel Cleopas que iba camino de Emaús días después de la muerte de Jesús? (Lc. 24:18). Dejo que otro les dé la respuesta.

Oficio

Estamos acostumbrados a decir que José era carpintero. Los evangelios nos lo presentan como *téjnon* (Mt. 13:55; Mc. 6:3). ¿Qué significa esta palabra en el medio social de san José? ¡Por cierto que no significa arquitecto o técnico o tecnócrata! Todo artesano de la madera, piedra o inclusive metal era considerado un *téjnon*, es decir: carpintero, cantero, albañil, escultor, orfebre..., todo a la vez.

Nos hemos acercado a José, le hemos estrechado la mano, ya conocemos algo sobre su persona, familia y actividades. Pero aun estamos lejos de conocerlo: de la mano tenemos que pasar al corazón. Si queremos acceder al misterio de su intimidad tendremos que conocerlo como: esposo de la Virgen, padre de Jesús... y patrono de los agonizantes.

2. ESPOSO DE LA VÍRGEN

Matrimonio virginal

No sabemos, con seguridad, de dónde sacó Mateo sus noticias sobre san José, pero sí las tiene, y ciertas. En dos oportunidades nos presenta a José como “esposo” o marido de María (Mt. 1:16,19); y, en otras dos, ésta es presentada como “esposa” o mujer de José (Mt. 1:20,24). Ambos estaban o habían estado “desposados” o comprometidos entre sí (Mt. 1:18). Además, María, nos lo dice indirectamente Mateo, es virgen, concibe virginalmente y permanece virgen (Mt. 1:18,23,25).

El evangelista Lucas, por su parte, confirma estos datos. José y María están desposados y casados (Lc. 1:26; 2:5). Y sobre todo, subraya Lucas, María es virgen y engendra virginalmente (Lc. 1:27,34-35).

¿Qué mensaje intenta comunicar el aparente conflicto de este matrimonio virginal o virginidad matrimonial? Según la providencia divina, Jesús debía ser concebido y nacer de una virgen casada, no de una unión matrimonial, pero sí en un matrimonio. El matrimonio y la virginidad de María y José estaban previstos desde siempre en el sapientísimo plan salvífico de Dios.

Detengámonos en el matrimonio, en la condición de varón y mujer y en la virginidad de José y María; estoy seguro de que podremos entrar así más hondamente en la intimidad de su misterio.

Para entender a José como hombre casado, como marido o esposo, hay que ubicarlo en la realidad social, cultural y religiosa de su época y pueblo. Valiéndonos de la Escritura y del Talmud, especialmente de sus tratados rabínicos sobre las prescripciones y el derecho matrimonial, podremos hacernos una idea bastante cabal sobre el matrimonio y la institución matrimonial que conoció y vivió san José.

La institución matrimonial judía

El matrimonio judío constaba de dos momentos claramente diferenciados: los esponsales o desposorios y las bodas o nupcias. Comencemos por el primero.

Los *esponsales* tenían lugar cuando la joven había cumplido ya los doce años y medio, y el joven andaba alrededor de los veinte. Lo más frecuente y común era desposarse con un miembro del propio clan o familia (Tob. 4:12). Las necesarias formalizaciones e iniciativas correspondían al varón o a sus agentes por un lado, y a los padres, hermanos o tutores de la joven por el otro (*Kidushim* 2, 1). En los tiempos más antiguos el consentimiento de la joven tenía poca importancia (Gn. 24:57-58), pero más tardíamente llegó a constituir un requisito imprescindible (*Yabamot* 13).

Las dos partes implicadas tenían muchas cosas que conversar: los esponsales implicaban un verdadero contrato comercial, no exento, por lo mismo, de discusiones y regateos (Cf. Cant. 8:8-14). Nos cuesta ver a José en estos negocios, más aún estando María de por medio, pero la realidad ha de haber sido así, diferente a lo que solemos imaginar. En concreto se trataba de estipular:

- Cómo repartir los gastos de la fiesta de bodas, que por cierto no eran poca cosa, todo lo contrario.
- Cuánto tenía que pagar el joven al padre de la joven, como compra o compensación por su futura esposa (Gn. 34:12; Ex. 22:16; I Sam. 18:28).
- Los bienes propios poseídos eventualmente por la joven, sea por herencia o compensación recibidos después de los doce años de edad.
- Dote a entregar por el padre a la hija; esta dote y los bienes propios de la desposada eran usufructuados por el marido, pero devueltos en caso de separación o muerte.

- Prenda o bienes reservados a la desposada en caso de viudez o de repudio; en caso que la esposa fuera repudiada por notoria mala conducta, esta prenda no le era entregada.

Los desposorios quedaban sellados y cerrados en cuanto se llegaba a un acuerdo sobre los puntos recién indicados. El padre de la joven podía rubricarlo con alguna fórmula, tal como: “Hoy, tú, serás mi yerno” (I Sam. 18:21).

Pero lo que ahora me interesa destacar son las consecuencias legales de este contrato esponsal. Señalo las principales; no perdamos de vista a José y María.

- El joven se convertía en “señor”, dueño o amo de la joven (Gn. 18:12; I Ped. 3:6); y, en cuanto futuro padre de familia, comenzaba a tener ya todos los poderes en su mano, era un “déspota doméstico” (Mt. 10:25, etc.).
- La joven, en consecuencia, era “propiedad” del joven; con el contrato, éste se “hacía dueño” de aquélla (Gn. 18:21; Ex. 20:17; Dt. 5:2; 21:13; 24:1, *Kidushim 5b*).
- La Torá no prohibía las relaciones sexuales entre desposados, pero para el Talmud eran inaceptables; no obstante eran frecuentes en Judea, aunque no en Galilea.
- En caso de infidelidad, la joven era considerada adúltera (Dt. 22:22-25); y en caso de muerte del joven, era considerada viuda y sometida a la ley del levirato.
- La posible separación, decidida siempre por el varón, exigía la entrega de una nota o acta de divorcio o repudio (Dt. 24:1-4), quedando así la joven libre para un nuevo desposorio.
- El joven podía anular cualquier voto hecho previamente por la joven (Núm. 30:7-9; *Nedarim 10,1*).
- La joven estaba obligada a obedecer a su señor y dueño, y esta obediencia era considerada como un deber religioso (Flavio Josefo, *Contra Apión*, II:24).

Por todo lo dicho es fácil comprender por qué Filón de Alejandría, judío del siglo I de la era cristiana, afirma: “Los esponsales tienen la misma fuerza que las bodas”, y los jóvenes son ya marido y mujer, esposo y esposa (*Sobre las leyes especiales*, 3,12,72).

El mundo de los sentimientos

De lo arriba expuesto se podría concluir que el amor no tenía ninguna importancia en el matrimonio hebreo, pero la verdad no es así, ¡bastaría leer el Cantar de los Cantares! El enamoramiento de Jacob por Raquel le hizo trabajar siete años para adquirirla y éstos se pasaron como si fueran una semana (Gn. 29:15-21; cf. 24:67). Son bien conocidas las proezas de David para que le entregaran como mujer a Mikal, quien estaba enamoradísima de él (I Sam. 18:20-30; cf. II Sam. 3:15-16). En las recomendaciones que hace un padre a su hijo en el libro de los Proverbios leemos lo siguiente:

“Gózate en la mujer de tu mocedad, cierva amable, graciosa gacela; embriáguente en todo tiempo sus amores, su amor te apasione para siempre” (Prov. 5:18-19; cf. Ectes. 9:9).

Por lo demás, no faltaban posibilidades de encuentro. El pozo de agua era el lugar típico (Gn. 24:10-14). Pero en el Talmud, Simeón ben Gamaliel nos ofrece otro dato más interesante: “No había día festivo para Israel como el 15 de Ab y el día del perdón. Durante ellos, las hijas de Jerusalén salían con vestidos blancos, prestados, para que no se avergonzaran las que no los tenían...

Y las hijas de Jerusalén salían y danzaban en las viñas. ¿Y qué decían? ‘Joven, levanta tus ojos y mira lo que escoges, no dirijas tus ojos a la belleza, dirige tus ojos a la familia’. El que no tenga mujer, que vaya allí a las fiestas” (*Taanit* 4,8).

Costumbres nupciales

Las bodas tenían lugar un año después de los esponsales si la joven era virgen, o treinta días después si era viuda o repudiada (*Ketubot* 5,2). Por motivos muy prácticos, se efectuaban el día miércoles, pues el jueves se reunía el tribunal de justicia local, y de este modo se podía juzgar sin demora las posibles quejas de algún esposo en caso de no haber hallado virgen a su esposa (*Ketubot* 1,1).

En la víspera del día señalado, el esposo, acompañado de sus amigos, iba a buscar a su esposa a la casa de sus padres para llevarla a su casa propia o a la de su familia (Cant. 3:6-11; 8:5; Mt. 25:1,5-6,10; Jn. 3:29; Apoc. 21:2). Ella lo esperaba, bañada, perfumada y enjoyada como nunca (Is. 61:10; Jer. 2:32; Ef. 5:25-27); y, escoltada de sus amigas doncellas, era entregada por sus padres o tutores con palabras de bendición (Gn. 24:60; Tob. 10:11-13). ¿Se imaginan a María exhaling aromas, coronada de flores, pintada de carmín o empolvada, con brazaletes, aros, pulseras y collares en cuello, muñecas y tobillos? ¡Maravillosa!

Al llegar a la casa del esposo, los padres de éste solían pronunciar bendiciones, a las que los asistentes se unían, haciendo votos por la felicidad y fecundidad de la unión (Rut. 4:11-12; Tob. 11:17). Nadie, durante las bodas de José y María, pudo medir el alcance infinito de esas bendiciones.

La fiesta de bodas solía durar siete días, y a veces más, transcurridos entre bailes, juegos comida y bebida (Jc. 14:12; Tob. 8:19-20). Los esposos, ubicados bajo un dosel, que por la noche se convertía en alcoba, recibían cumplidos y cantos de amor que les dirigían los comensales (Joel 2:16; Sal. 19:6; Cantar). José y María tocaban el cielo con la mano y se sentían como en la gloria.

Por lo general, el matrimonio se consumaba en la alcoba previamente preparada; la esposa debía cuidar de cumplir con la prescripción que indicaba la ley para tales circunstancias (Dt. 22:13-21).

La unión de José y María

De todo esto que acabamos de ver juntos, acerca de la institución matrimonial judía, se desprenden muchas *conclusiones*. Ellas nos permitirán conocer mejor a nuestros José y María. Les señalo dos, estoy seguro que ustedes deducirán varias otras.

José, desde el momento en que sella su contrato esponsal, no sólo es el marido de María, sino también su *dueño y señor*. María se había convertido en su mujer y su posesión, a partir de ese momento era María de José, por no decir simplemente: era de José. Y según la legislación vigente, cualquier compromiso, promesa o voto que María pudiera haber contraído o hecho, quedaba supeditado al beneplácito de José. Ya veremos las consecuencias de todo esto cuando hablemos de la virginidad de María.

Según los relatos evangélicos (Mt. 1:18,20,24; Lc. 1:27), María concibe del Espíritu Santo después de los esponsales y antes de las bodas; es decir, durante el año que mediaba entre uno y otro. María ya no se pertenecía a sí misma. Su asentimiento al misterio de la encarnación *presuponía el sí de José*, su señor. María asintió por los dos. La que dijo sí es María de José. San José coparticipa con María, desde el mismo comienzo, en la obra cristiana de la salvación del mundo.

Y hasta aquí hemos llegado. ¿Por dónde seguimos? Intuyo que si profundizamos la relación entre el varón y la mujer recibiremos nuevas luces de comprensión con su consecuente amor. Lo vamos a hacer en dos momentos sucesivos: la Biblia y el Talmud nos ayudarán en el primero, nuestra propia experiencia humana nos dará una mano en el segundo.

Varón y mujer

La sociedad y cultura hebreas, lo acabamos de ver, eran de signo patriarcal. La mujer ocupaba un lugar secundario y subordinado; su relación con el varón era de dependencia.

No obstante, en el judaísmo antiguo, algunas mujeres *sobresalieron* tanto en el ámbito familiar cuanto social. Baste recordar a Miriam, hermana de Moisés; Débora, la profetisa mujer de Lapidot; Judit, viuda de Manasés; Ester, huérfana, sobrina de Mardoqueo y que llegó a ser esposa del rey Asuero; Sara, mujer de Abraham; Rebeca, hija de Betuel y esposa de Isaac; Raquel, hija de Labán, hermana de Lía y esposa queridísima de Jacob.

Además de estas presencias significativas, encontramos otros signos que señalan la dignidad de la mujer. Ella es el símbolo elegido para representar la sabiduría divina (Prov. 8:22-31; Sab. 6:10,21). Se hace un ponderado elogio de la diligencia femenina (Prov. 31:10-31; Eclo. 26:1-4). Y, sobre todo, la esposa del Cantar no vacila decir, en plano de igualdad: “Mi amado es para mí, y yo soy para mi amado... Yo soy para mi amado y mi amado es para mí” (Cant. 2:16; 6:3).

Posición rabínica ante la mujer

Pero, por otro lado, en el judaísmo tardío, contemporáneo y posterior a Cristo, además de subordinación se puede hablar de denigración y explícito *antifeminismo*. Bastarán algunos botones de muestra.

El texto más rotundo de Jesús ben Sirac, en su libro del eclesiástico o de la Asamblea, reza así: “Por una mujer comenzó la culpa, por la mujer morimos todos” (25:24). Después de esto se puede esperar cualquier cosa; no nos asombre entonces esto otro que sigue: “¡Cualquier herida, pero no herida del corazón!, ¡cualquier maldad, pero no maldad de mujer!” (42:14). Pero tengamos paciencia y seamos comprensivos con el hijo de Sirac; quizás su vida familiar y su paternidad no le fueron fáciles; oigámoslo una vez más:

“Una hija es para el padre un secreto desvelo; aleja el sueño la inquietud por ella. En su juventud, miedo a que se le pase la edad de casarse; si está casada, miedo a que sea aborrecida. Cuando virgen, no sea mancillada y en la casa paterna quede encinta; cuando casada, a que sea infiel; cohabitando, miedo a que sea estéril...” (42:9-10).

El Coheleto predicador que nos habla en el libro del Eclesiastés, carga otro tanto las tintas. No sabemos cómo le fue en su matrimonio, pero lo podemos adivinar al escucharle decir: “He hallado que la mujer es más amarga que la muerte, porque ella es como una red, su corazón como un lazo y sus brazos como cadenas: el que agrada a Dios se libra de ella, pero el pecador, cae en su trampa... Amarga más que la muerte es la mujer, un hombre (bueno) entre mil hallé, pero mujer (buena) ninguna” (7:26,28). Sin comentarios.

Ya en los días de Jesús nos encontramos con la sorpresa de sus discípulos al ver a su maestro hablando con una mujer, que, para colmo, era samaritana y mujer de varios varones (Jn. 4:27). Hasta en el mismo cristianismo incipiente nos hallamos con normas cuya motivación suena más a racionalización que a razón. La más conocida reza así: “No permito que la mujer enseñe ni que domine al hombre. Que se mantenga en silencio (en la asamblea litúrgica). Porque Adán fue formado primero y Eva en segundo lugar. Y el engañado no fue Adán, sino la mujer que, seducida incurrió en la transgresión” (I Tim. 2:10-14; cf. I Cor. 14:34-35).

Pero quienes se llevan la palma del triunfo son los testimonios rabínicos codificados en el Talmud. Dijo, con gravedad, el rabí Eliezer: “Quien le enseña la Torá a su hija, le enseña el libertinaje (por el mal uso que hará de ella)” (*Sota* 3,4). Y otro ilustre desconocido agrega: “Vale más quemar la Torá que transmitirla a las mujeres” (*Sota*, 3,4,19a). Siendo todo esto así, tenía razón el rabino Simeón ben Jochai al afirmar: “Todos se alegran con el nacimiento de un varón, todos se

entristecen por el de una niña”. En conclusión, era bueno orar diciendo: “Bendito seas tú, Señor, porque no me has hecho mujer, gentil o esclavo” (*Beraká* 7,18).

Queda claro entonces que, en tiempos de Jesús, María y José, la mujer era poco o nada valorada y estaba, además, socialmente discriminada; su relación con el varón se entablaba en desigualdad de condiciones. Las causas de esta situación se reducen a tres:

- Porque ella *personificaba* a Eva, con toda la carga peyorativa de seducción y culpabilidad que esto implicaba (Cf. Prov. 5:1-4; Eclo. 9:1-9).
- Por los rigurosos preceptos de *purificación* a que estaba sometida, por su simple condición biológica femenina (Cf. Lev. 12:1-6; 15:19-23; Ex. 36:17).
- Por no llevar, diferentemente del varón, algún *signo vital* de su alianza con Dios (Cf. Gn. 17:9-14).

La concepción que Jesús tenía de la mujer

Con este telón de fondo, resalta mejor la *originalidad* de la enseñanza y actitudes de Jesús respecto a las mujeres. Lean el evangelio y podrán apreciar fácilmente el contraste. La postura del Maestro quedó sintetizada por él mismo en estas palabras: “En el principio no fue así” (Mt. 19:4; Mc. 10:6). El comportamiento y palabra de Jesús se ajustaban a los criterios que Dios había querido que reinasen desde el principio. A saber:

- *Igualdad fundamental*: “Creó Dios al ser humano a imagen suya, a imagen de Dios los creó, macho y hembra los creó” (Gn. 1:27; cf. 2:27; Geal. 3:28; I Cor. 7:14).
- *Igualdad recíproca*: “No es bueno que el ser humano esté solo”; “los dos se harán una sola carne”; “estaban desnudos ambos, pero no se avergonzaban el uno del otro” (Gn. 2:18; 2:24-25; cf. I Cor. 7:14; 11:1; Ef. 5:21).
- *Igualdad diferenciada*: el humano varón fue tomado de la tierra y la mujer del costado del varón para ser madre de los vivientes (Gn. 2:7; 3:19-20).
- *Igualdad fecunda y creativa*: “Sed fecundos y multiplicaos, llenad la tierra y sometedla” (Gn. 1:28).

¿De dónde sacó Jesús la enseñanza que motivó su conducta? De la revelación de Dios a su pueblo. Perfecto. Pero, ¿podemos precisar un poco más? Sí.

Teniendo en cuenta que la educación filial, en la tradición judía, era responsabilidad paterna, podemos decir que Jesús fue *educado por su padre José*. Y esto en todo sentido, incluida la recta relación entre el varón y la mujer, tal como Dios la quería. La enseñanza de José, impartida con la vida y la palabra, bebía de lo mejor de la tradición de su pueblo y se remontaba a los orígenes. José le enseñó a Jesús lo que el mismo vivía con María.

- Es verdad, nos percibimos y experimentamos dualmente, como varones y mujeres, pero el ser humano es fundamentalmente uno.
- Los varones y las mujeres somos y existimos en relación recíproca, en diálogo vital y responsable.

- Ella cuida la vida con su mismo ser femenino; nosotros la cuidamos poniéndole la tierra a su servicio.

Ahora bien, la relación entre el varón y la mujer, en el matrimonio, es una *relación de amor*. Si profundizamos en esta relación conoceremos mejor a los relacionados. Ahondemos, entonces, en el mutuo amor de José y María. Nos vamos a ayudar, salvando las distancias, con nuestra propia experiencia del amor.

Naturaleza del amor

Ya hemos visto que el matrimonio de José y María tenía una dimensión contractual. Bajo este aspecto era un matrimonio de conveniencia y razón. Quizás ellos tenían también algunos otros motivos y razones íntimos de conveniencia.

Pero las conveniencias no se oponen al amor. La pasión amorosa no estaba ausente en las relaciones matrimoniales judías, ya lo hemos visto también. Y en el caso concreto de José, el drama vivido al encontrar embarazada a María y el profundo respeto con que elaboró toda la situación, nos están hablando a gritos de su amor por ella.

Y ahora vienen las preguntas: ¿qué son el amor, el enamoramiento, el amor esponsal y la amistad conyugal? Nos aproximamos al misterio desde lo conocido por humana experiencia.

El *amor interpersonal* no puede ser definido; es indefinible, pues no puede ser delimitado. No obstante, todos sabemos qué es el amor. No podemos vivir sin amar y ser amados. Sin amor la vida pierde sentido. El amor es la “vocación fundamental e innata de todo ser humano” (Juan Pablo II, *Familiaris consortio*, II; cf. *Redemptor hominis*, 10). ¿Qué es el amor, qué es amar? Vuelvo a lo que ya les escribí en otra oportunidad:

El amor es una actitud y una opción,
que, sacándonos de los límites del propio yo,
nos hace entrar en el corazón del amado
para afirmarlo como digno, único e irrepetible.

Esta afirmación amorosa, este sí del amor, se realiza de múltiples formas. Distingamos algunas de ellas.

La afirmación del amor *materno* es incondicional, misericordiosa y portadora de afecto y acogida. El sí *paterno*, por su parte, es condicional y veraz, y en él predomina lo efectivo.

El amor al prójimo, o amor *fraterno*, lleva a amar a todos, es universal y está abierto a la amistad; no excluye a nadie, ni siquiera a uno mismo; en su afirmación predomina lo promocional.

La mutua afirmación heterosexual del amor *erótico* es exclusiva y tiende a la unión corporal; el acento recae sobre lo fecundo y creativo.

Finalmente, el sí a Dios, la afirmación de lo *divino*, puede ser absoluto; es don de la gracia y se caracteriza por la receptividad.

El amor es una forma de comunicación que, cuando es recíproco, crea comunión o unión en el amor común. El genuino amor, además, no conoce fronteras y se abre y proyecta hacia grupos y sociedades en diferentes formas de solidaridad social.

Si amar es, básicamente, afirmar, no hay duda de que *José amó* a María. Amándola la afirmó y confirmó en lo más íntimo de su ser femenino, acogiéndola como esposa, como virgen y como madre.

El sí del amor de José era total, aunque se subordinaba a su sí a Dios. La mutua afirmación erótica estaba presente, pues se trataba de un varón y de una mujer, y la ausencia de la unión sexual no menoscabó la fecundidad y creatividad.

El sí de José

José y María se amaron como podrían amarse los hermanos más próximos que jamás pudiera alguien imaginar; se dio entre ellos una amistad como nunca se da; y este amor fue, sin dudas, plenamente abierto y proyectado hacia todo y todos, fue universal. Además, y lo quiero señalar en particular, esta afirmación fraterna promovió humanamente a María como nunca lo será mujer alguna por algún varón. El sí de José rebosaba de:

- *Cuidado*: ocupación efectiva y afectiva por la vida y crecimiento de la virgen madre, que era su esposa.
- *Responsabilidad*: entendida como una respuesta libre, generosa y pronta ante las necesidades de María.
- *Respeto*: mirándola a ella en profundidad, tal como era y no como podría ser.
- *Intimidad*: traducida en acogida y donación del propio secreto.

De esta plenitud de afirmación amorosa, erótica y fraterna, subordinada a la divina, brotó un amor paterno y materno según la más pura imagen y semejanza de Dios.

Enamorados...

No sé si alguien ha hablado alguna vez sobre el *enamoramiento* de José. Creo que no, al menos como pienso hacerlo ahora. Les pido, entonces, que maticen mis palabras siempre que les parezca necesario o, por el contrario, supriman todos los matices que sobren por innecesarios.

Evidentemente, todo lo que diga ahora sobre el enamoramiento será desde una perspectiva masculina. Sé, además, que las referencias que pueda hacer desde la vertiente femenina estarán condicionadas por mi propia condición. Al fin de cuentas esto me favorece, pues estoy hablando principalmente de José y no de María.

Por enamoramiento entiendo: un modo espontáneo (algo que sobreviene) y parcial (pues se fija en alguna cualidad particular y no en la totalidad) de amor heterosexual, singularmente acentuado y caracterizado, propio de los inicios de una relación amorosa.

Los seres humanos nos enamoramos, en primer lugar, porque somos seres sexuados; si no lo fuéramos no nos enamorariamos tal como nos enamoramos. Pero hay otras dos *condiciones* básicas que posibilitan el enamorarse.

En cuanto creaturas somos indigentes y menesterosos: necesitamos infinitud, tenemos ansias de plenitud, precisamos el complemento de un otro. El enamoramiento es precisamente una experiencia de trascendencia y plenitud que presupone una previa insatisfacción y falta de plenitud. Habrán notado que el lenguaje de los enamorados está lleno de: “todo y para siempre”, “nadie nos separará jamás”, “la vida sin tu compañía nunca sería igual”...

Además, tercera condición, el enamoramiento implica siempre unas circunstancias favorables. No todos los lugares son lo mismo, hay algunos más propicios que otros. Asimismo, hay ocasiones o momentos más o menos favorables. De igual manera, no cualquier modo de presencia y encuentro da lugar a la chispa que despierta al enamorado.

En definitiva, es posible enamorarse; nos enamoramos pues somos seres sexuados, indigentes y circunstanciados. Y san José, el esposo de María Virgen, no es ninguna excepción a esta regla o condiciones.

¿En qué se distingue el enamoramiento de otras experiencias semejantes? ¿Cómo caracterizar este particular fenómeno amoroso? Les ofrezco, escuetamente, siete *características* del enamoramiento y del enamorado.

- *Atención*: detenida, concentrada, absorbida y excluyente. La amada está en todas partes y en todo momento, el resto del mundo ha cesado de existir.
- *Gravitación*: necesidad de presencia y comunión. Todo arrastra hacia la amada; la vida tiene una sola dirección: ella.
- *Exaltación*: vivificación en todos los órdenes de la existencia y actividad, potencialización vital y general. El enamorado se siente todopoderoso, con ella lo puede y lo podrá todo; la vida ahora es magnífica, y él junto a ella es el primer magnificado.
- *Descubrimiento*: percepción y hallazgo de valores latentes y ocultos. El enamorado más que ciego es clarividente, descubre en ella hasta lo que nadie ve.
- *Idealización*: atribución de cualidades inexistentes pero deseadas. La amada brilla en su belleza y bondad; hasta los defectos, si se ven, caen simpáticos.
- *Éxtasis*: salida y lanzamiento del yo por encima de los propios límites; pero los límites no desaparecen, se ignoran. El enamorado, comulgando con el tú de ella, se olvida de su propio yo, pues sólo vive el nosotros.
- *Transitoriedad*: pasa pronto, aunque puede repetirse en sus fases iniciales. Y no es raro que el segundo enamoramiento sea con otra persona diferente a la ya amada.

Me pregunto y les pregunto: ¿cuáles de estas características pueden haberse dado en el enamoramiento de José, en José enamorado? Respondo: todas. Y agrego algunos bemoles.

El descubrimiento de los valores de María fue un continuo hallazgo que jamás llegó a su término. La idealización nunca fue una causa de frustración. No hubo segundo enamoramiento, y si lo hubo fue una continuación del primero. ¿Están de acuerdo? Me gustaría saber qué opinan ustedes.

Me queda aún algo por decir que nos puede ayudar. Me refiero al desarrollo, proceso o fases del enamoramiento. Los filósofos, novelistas y poetas –gente toda que sabe expresar lo que cotidianamente todos vivimos– abundan sobre este particular. Distingo cuatro dobles momentos o etapas:

- *Iluminación y calidez*: El amor es luz y el enamorado ilumina a la amada, sobre todo en sus aspectos positivos y luminosos, pero también la luz amante saca a la superficie los aspectos recónditos y escondidos. Si esta experiencia es repentina se hablará de “deslumbramiento”, encandilamiento o flechazo; en este caso la luz suele estar alimentada por el fuego de la pasión sexual. Cuando la iluminación es progresiva, la amada, iluminada y luminosa, envuelve o arropa con su halo de cálida luz al enamorado, dando lugar al “enterneamiento”, encanto o embeleso (aunque las viejas solteronas suelen hablar de embobamiento).
- *Ilusión y duda*: La ilusión es producto de la proyección y de la fantasía imaginativa; está tejida con los valores reales de la amada y la visión futura de una vida feliz en su permanente compañía. Pero el vuelo de la ilusión suele aterrizar por causa de la duda. Duda de poder hacer realidad lo ensoñado: el enamorado no duda de su propio amor, sino de la correspondencia de la amada.
- *Conquista y declaración*: Para la mutua conquista se recurre a la exhibición, manifiesta o velada, de los propios valores o cualidades, y a la insinuación del aprecio, estima o admiración. ¿Es el enamoramiento femenino más apreciativo y admirativo que el del varón, aunque sea más

discreta la insinuación en el momento de la conquista? Si bien los comportamientos son muy variados según tiempos, lugares y costumbres, cuando la relación ofrece cierta seguridad, las insinuaciones se convierten en declaración verbal o actual, mediante palabras o hechos, todo en un marco de circunstancias favorables. Durante toda esta fase o etapa se destacan tres típicas notas:

- Preocupación por la *apariencia* física, tanto propia como ajena; ¿conquistaban ellas coqueteando?
- Curiosidad por *saberlo todo* acerca del otro; conocimiento que renueva la presencia y es causa de peculiar y difuso deleite; ¿principalmente en ellas?
- Desinterés y *desatención* por todo y todos lo que no sean ella o él.
- *Correspondencia y comunión*: La mujer suele percibir, adivinar o intuir antes que el varón el “sí” de la afirmación y correspondencia plena; cuando llega el momento ella ya lo tenía sabido, pero sólo da su asentimiento cuando está bien segura de la sinceridad de quien dice amarla. Para el varón, la espera y menor intuición hacen que la correspondencia sea causa de sorpresa y profunda conmoción. Sea como sea, el sí de la mutua correspondencia hace saltar el corazón de júbilo y volar muy lejos por encima de las fronteras del propio yo. La mutua confesión de amor une a los enamorados con un vínculo más fuerte que la muerte; esta comunión en el amor es causa de profunda transformación, de creatividad y de fecundidad insospechadas.

No veo por qué todo lo recién dicho no se puede aplicar a José. Haría, al menos, una salvedad. Considerada la realidad inmaculada y virginidad de María, opino que la iluminación de enamoramiento de José, fue más por la línea del enternecimiento o embeleso, que por la del deslumbramiento o flechazo. Dejo esto acá porque ya tendremos que volver sobre ello.

Amor de esposos

Pasemos al tercer interrogante, que versaba sobre el *amor esponsal*. Pero poco podrá hablar sobre esto un célibe y soltero. Recurro a lo que la vida de muchos de ustedes me ha enseñado.

El amor esponsal suele nacer del enamoramiento, al igual que el pan de la harina y el vino de la uva. Sucede así, al menos, en nuestro medio cultural y, quizás, en el de José. En algunas culturas la responsabilidad institucional precede al amor conyugal.

Les presento, desde una veta antropológica, seis *notas* del amor esponsal; las confrontaremos luego con la vivencia de san José.

- *Totalidad*: Reclama una entrega plena y definitiva, e implica todos los ámbitos de la vida; en la mujer es más abarcante que en el varón; ella vive porque ama, él ama porque vive.
- *Fecundidad*: Propicia la propagación de la especie humana, pero conoce también otras formas de fecundidad en la línea de la creatividad y promoción personal.
- *Decisión*: Supera la inestabilidad de los sentimientos mediante una decisión libre y siempre renovada que permite decir: para siempre.
- *Promoción*: Darse totalmente es querer hacer existir al otro más plenamente, es remover obstáculos para moverse juntos hacia una mayor plenitud.

- *Complejidad*: Se funda en el amor erótico y carnal, pero lo trasciende por el peso de la interpersonalidad; tiende a la exclusividad, pero no se cierra en el nosotros.
- *Tensión*: Entre la carne y el espíritu, lo masculino y lo femenino de la psique y del cuerpo, entre la intimidad y la apertura, la captación y la donación, lo finito y lo infinito. Tensión entre polaridades que le dan al amor esponsal una característica vibrante y creativa; quien realmente la vive no se duerme en la vida.

¿Qué decir del amor esponsal de José? Fue un amor esponsal característico, al igual que el de todos. No obstante podemos destacar tres notas peculiares.

Ante todo, el amor esponsal de José alcanzó la mayor fecundidad jamás alcanzable. Si bien José no fue progenitor de Jesús, el Hijo de Dios, fue su padre; no lo engendró pero lo educó. Este hijo divino no nació de su matrimonio, aunque sí en su matrimonio; no fue fruto de su amor esponsal, pero sí fructificó en su amor esponsal.

En segundo lugar, me parece poder decir que las tensiones propias del amor esponsal, se vieron simplificadas y armonizadas en el caso de José, gracias a la mutua virginidad y la santidad inmaculada de su esposa María.

Por último, y hay también que reconocerlo, la donación esponsal de María Inmaculada promovió humana y espiritualmente a José como ningún marido fue ni será jamás promovido por su propia mujer.

Les dije tres párrafos arriba que el amor esponsal de José fue igual al de todos. Me corrijo. En realidad no existen dos matrimonios iguales, así como tampoco hay dos amores iguales ni dos amantes iguales. Quedan entonces abiertas, de par en par, las puertas del misterio.

Amistad conyugal

El amor esponsal es una “forma especial de amistad personal” (Pablo VI, *Humanae vitae*, 9). La conyugalidad, al decir del príncipe de los teólogos católicos, santo Tomás, posibilita la “máxima amistad” (*Contra los gentiles*, III;123). Y con esto nos encontramos ya en nuestro cuarto y último interrogante: la *amistad conyugal*.

Es posible definir la amistad, pero solamente con definiciones que no la definan o limiten. La amistad es una reciprocidad personal, consciente, libre y apacible en el amor, proyectada hacia otras realidades o valores. Es esa relación interpersonal en la que se da el más alto grado de compromiso de la propia soledad, individualidad e intimidad, y la posibilidad más acabada de realizar proyectos comunes.

Es fácil distinguir la amistad del enamoramiento del simple amor conyugal. Si los enamorados se miran, tocan y hablan de su propio amor, los amigos no hablan de su amistad, y escuchan y miran juntos algo que les interesa y atrae. En el amor conyugal podría haber desigualdad, pero la amistad tiende a igualar a los amigos.

La amistad, presupuesto el amor de benevolencia (querer el bien del otro), de beneficencia (hacerle al otro el bien) y afecto mutuo, agrega sus notas peculiares que la distinguen de otras formas de relación interpersonal. Ya se las insinué, se las explicito:

- *Igualdad*: La amistad reclama cierta semejanza o parecidos, y no soporta la subordinación ni la mera nivelación; procura siempre la igualdad.
- *Valores compartidos*: Se trata de bienes atractivos, gustos similares y proyectos comunes, que motivan por igual a los amigos.
- *Intimidad*: Que permita crear un ámbito de relación en el cual se pueda entregar y acoger el secreto de lo más íntimo y personal.

Volviendo a José, podemos decir que entre él y la Inmaculada, salvadas las distancias, existía una cierta semejanza de santidad que los hacía el uno para el otro. Además, pese al contexto patriarcal, recuerden lo ya dicho, José supo remontarse a los principios u orígenes, a fin de establecer con María una relación de igualdad fundamental y recíproca.

No hay duda de que toda la vida de José y María está centrada y confluye en la esperanza escatológica y en el proyecto salvador de Dios. En otras palabras, compartían un proyecto común que aunaba sus vidas: el proyecto de su propio hijo, Jesús, el Salvador.

Por último, la intimidad que unió a José y María fue el ámbito que permitió desde siempre las mutuas confidencias.

Si en el matrimonio se da la posibilidad de máxima amistad, no dudo que la amistad conyugal de José y María alcanzó esta altura o profundidad.

Virginidad

José es esposo, ciertamente, pero de María virgen. Para continuar conociéndolo hemos de contemplarlo ahora en la virginidad de su matrimonio.

Nos ubicamos una vez más en la realidad sociocultural y religiosa de su tiempo. El *ideal común* y corriente que imperaba en la sociedad israelita contemporánea a José era el matrimonio.

“Sed fecundos”

Dios mismo había bendecido el matrimonio diciendo: “Sed fecundos y multiplicaos” (Gn. 1:28). En consecuencia, la sexualidad fecunda es un don de Dios íntimamente unido al don de la salvación: la promesa de redención estaba ligada a la descendencia de una mujer (Gn. 3:15) y, luego, a la descendencia de Abraham (Gn. 12:1-3). En consecuencia, la ausencia de matrimonios es una calamidad (Cf. Jer. 7:34; 16:9; 25:10) y la esterilidad un signo del desfavor divino (Cf. Gn. 15:2; 30:1-2; I Sam. 1:4-11; etc.)

A la luz de lo recién dicho es fácil entender por qué la hija de Jefté llora su virginidad, es decir: el oprobio de morir sin el honor del matrimonio y la maternidad (Jc. 11:38). Si la virginidad era apreciada, lo era en vistas al matrimonio (Cf. Gn. 24:16; Jc. 19:24; Ex. 22:14-20; Dt. 22:13-19; II Sam. 13:2-18; Job. 31:1; etc.).

La doctrina talmúdica se ubica en esta misma línea y la acentúa hasta los extremos. Los sponsales son llamados *kidushim*, es decir, “santificación”; el celibato es considerado un impedimento para la santidad; las bodas perdonan todos los pecados previos (*Yebamot*, 63a). Veamos algunos ejemplos notables.

Según el rabí Raba y toda la escuela del rabino Ismael del siglo II, el hombre que no se casa a los veinte años es un maldito de Dios (*Kidushim* 29b). Con anterioridad, los rabinos Eliezer y Simón ben Azai enseñaban que renunciar al matrimonio es un crimen semejante al derramamiento de sangre, porque el soltero se reservaba para sí la sangre de un posible hijo (*Yebamot* 63b). La consecuencia la saca el rabí Abba Chanan: el que no se casa merece la pena de muerte (*Ibid*, 64a). Y la razón de fondo es de orden teológico, así lo dan a entender los rabinos Santiago y Eleazar ben Azarías: no casarse disminuye la imagen de Dios creador en el hombre (*Ibid*, 63b).

Si no se sienten abrumados, ¡los solteros, vírgenes y célibes!, voy a continuar con algunos otros dichos y enseñanzas.

Rabí Tanjum, en nombre del rabí Chanilai, opinaba que un varón sin mujer es un ser privado de alegría, bendición, prosperidad y paz (*Ibid*, 62b). Y el rabino Eleazar ben Pedath es más drástico aún: el varón no casado ni siquiera es un hombre (*Ibid*, 63a).

La posible abstinencia y retraso del matrimonio estaban sometidos a una minuciosa casuística. El marido puede solamente por un breve período de tiempo negarle a su mujer el débito conyugal, aun si está de por medio un voto. Hillel opina que sólo por una semana, Shamai acepta hasta dos

(*Ketubot* 61b; 71b). El único motivo que justifica que un joven postergue su matrimonio es el perfeccionamiento en el estudio de la Torá o ley mosaica (*Kidushim* 29b).

Pero en el caso de extrema pobreza, es preferible vender el rollo de la Torá a fin de afrontar con su importe los gastos de la boda y no quedar soltero (*Meguilá* 27c). Y si una joven no tiene pretendiente, se aconseja a su padre o tutor que, antes de dejarla soltera, “libere a un esclavo y le dé a su hija en matrimonio” (*Pesajim* 113a).

Es muy probable que este énfasis rabínico en el gran bien del matrimonio (producido ya en nuestra era) haya sido una reacción contra el fenómeno cristiano de la virginidad o celibato. Pero, sea como sea, esto no quita el aprecio por uno y el poco aprecio por el otro.

Atisbos de una nueva realidad

¿Conocía *excepciones* este ideal común? Tanto el antiguo testamento cuanto la literatura rabínica reconocen situaciones excepcionales en las que decrece la valoración del matrimonio en favor de cierta continencia y hasta del celibato.

La Torá regulaba y hasta prohibía las relaciones sexuales en algunas circunstancias dadas, como por ejemplo durante una guerra santa (Dt. 23:10-15; I Sam. 11:8-13); y en la semana en que un sacerdote debía prestar servicios en el santuario (Lv. 8:33-35; 22:3). Y recordemos también la abstinencia sexual que impuso Moisés al pueblo durante los tres días precedentes a la aparición de Yahvéh en el Sinaí (Ex. 19:14-15). En todos estos casos el acto sexual era considerado como causa de impureza legal (Lv. 15:18).

Los rabinos de los siglos I y II después de Cristo, comentando el encuentro de Moisés con Dios en el monte Sinaí, enseñaban que éste había dejado luego de tener relaciones con su mujer Séfora. Y el motivo aducido era el siguiente: Dios hablaba siempre boca a boca con él y no sólo algunas veces (Tárgum sobre Núm. 12:8 y Dt. 5:30; cf. *Shabat* 87a; *Yebamot* 62a).

Recordemos que también el profeta Jeremías, por mandato de Dios, permaneció sin casarse ni engendrar hijos, todo esto como profecía viviente y signo de la desolación y muerte que acechaban a su país (Jer. 16:1-9).

La Biblia nos presenta asimismo, y hasta con admiración, a Judit en el antiguo testamento y Ana en el nuevo, viudas desde temprana edad, que permanecieron tales, dedicadas a la oración, el ayuno y al temor de Dios (Jdt. 8:1-8; 16:21-25; Lc. 2:36-38). Y hasta el Talmud ofrece un caso notable, sin condenarlo; el rabí Simón ben Azzai, que no se casó, decía: “Mi alma está enamorada de la Torá; que otros piensen en hacer sobrevivir al mundo” (*Yebamot* 63b).

Y no sólo existían excepciones individuales, sino también colectivas y grupales. Es bien sabido que el movimiento ascético de los esenios, es decir, justos o santos, contemporáneo a san José, practicaba el celibato. Es verdad que sus motivaciones no estaban libres del desprecio por la mujer, pero no faltaban motivos referentes al amor de Dios. Los testimonios de la época sobre esta secta son abundantes; bastaría leer a Plinio el Viejo, Filón de Alejandría y Flavio Josefo.

Emparentados quizás con la corriente esenia, los ascetas del monasterio judío de Qumrán, situado en la costa occidental del Mar Muerto, habrían practicado la abstinencia ritual y hasta el celibato permanente. Pero los textos hasta ahora descubiertos no permiten confirmar este dato.

Filón, en su libro sobre la vida contemplativa, escrito contemporáneo a la existencia de san José, nos cuenta muchas cosas interesantes de la secta de los terapeutas. Sus miembros, varones y mujeres, habían optado por una vida solitaria en las afueras de la ciudad de Alejandría, sobre una colina cerca del lago Marcotis. Filón nos dice expresamente que las mujeres eran vírgenes por elección y deseo de la sabiduría, y que buscaban esa descendencia inmortal que solamente puede engendrar un alma amada por Dios (68).

Todos los testimonios aducidos nos permiten hacer una doble afirmación: existía un ideal común, corriente y mayoritario, pero no faltaban honrosas y curiosas excepciones. No obstante, ninguno de los testimonios conocidos y presentados habla de una virginidad vivida en el matrimonio. Pese a sus limitaciones, lo dicho puede ilustrar el entorno de expectativa mesiánica en

el que tuvo lugar la encarnación del Verbo eterno. Y no hace falta agregar que en este ámbito de esperanza floreció el matrimonio virginal de José y María, situación excepcional de dos vírgenes casados.

“No conozco varón”

Abramos ahora el *evangelio de Lucas*. El nos va a presentar a la Virgen, que nos acercará a la virginidad de su esposo José. La respuesta de María al mensajero de Dios: “No conozco varón” (1:34), es algo totalmente nuevo y original. En ningún lugar de la Biblia una mujer afirma tan cabalmente su propia condición. Pero, ¿qué significan estas palabras?

Digamos, ante todo, algo que ya saben: Lucas elabora la experiencia de María según un modelo literario de anuncio y vocación; anuncio de un nacimiento y vocación para una misión. Ahora bien, en este modelo literario aparecen cinco elementos básicos:

- *Temor* o turbación de quien recibe el anuncio.
- *Mensaje* divino comunicado por un ángel o por el Señor.
- *Objeciones* del destinatario.
- *Precisiones* sobre el mensaje.
- Ofrecimiento de un *signo* confirmatorio.

Si leemos con atención el relato constataremos que las palabras de respuesta de María son precisamente la objeción al mensaje. Objeción que da lugar a mayores precisiones y, en este caso, a una revelación cumbre: “El Espíritu Santo vendrá sobre ti...” (1:35).

En consecuencia, el evangelista quiere ante todo comunicar por medio de su modelo literario lo siguiente: el Hijo de Dios se encarna en el seno de María por obra del Espíritu. Lo cual implica que, al recibir el anuncio vocacional, María no conoce varón, es decir: no ha tenido nunca relaciones sexuales, es virgen (Cf. Gn. 24:16; Núm. 31:17; Jc. 11:39; 21:11).

Pero, en la mentalidad de Lucas, ¿la objeción de María es un simple recurso literario que da lugar a la revelación central, o refleja una situación real de vida?

No hay duda de que para nuestro evangelista la respuesta de María (“no conozco varón”) se refiere a una realidad vital: es virgen. De igual forma la objeción presentada por Zacarías (esterilidad y vejez) era también real (comparar Lc. 1:18 con 1:7). De hecho, Lucas ya nos había presentado a María diciéndonos dos veces que era virgen (1:27).

La tradición católica –aunque se puede discutir si en el sentido fuerte de “lo que siempre, en todas partes y por todos ha sido afirmado”– interpreta las palabras de María como manifestación de un propósito o voto de virginidad previo a la anunciación.

San Gregorio de Nisa, el gran místico capadocio, es el primer testigo conocido que afirma esta doctrina. Predicando con ocasión de la fiesta de navidad, al concluir el año 386, decía:

“Oye la púdica voz de la Virgen. El Ángel anuncia el parto; pero ella se adhiere a la virginidad y piensa que deba anteponerse la integridad a la anunciación angélica; ni es incrédula con el ángel ni desiste de su propósito. Me he prohibido, dice, la intimidad con el varón”.

La autoridad de san Agustín de Hipona impuso esta interpretación en casi todo el Occidente cristiano. En su tratado sobre la santa virginidad, leemos:

“Antes de ser concebido, la eligió para nacer de ella cuando ya la tenía consagrada a Dios. Así lo indican las palabras que María respondió al ángel... Y ciertamente no lo hubiera dicho si antes no tuviera consagrada su virginidad a Dios. Mas como las costumbres de los israelitas rechazaban todavía esto, fue desposada con un varón justo, que, lejos de alejarla violentamente, había de custodiar su voto contra la violencia. Y aunque solamente hubiera dicho: “Cómo podrá ser esto”, sin añadir “porque no conozco varón”, estaría igualmente claro, pues ciertamente no iba a preguntar cómo una mujer va a dar luz a un hijo prometido si es que se hubiera casado con la intención de usar del matrimonio” (IV; cf. Sermón 291:5).

Bernardo, el santo claravalense, desarrolló esta interpretación en la forma que luego se hizo clásica: subrayando la disponibilidad y apertura a la voluntad divina. En las homilias que escribió en alabanza de la Virgen Madre nos dice:

“No pregunta si sucederá realmente así, sino cómo sucederá. Equivale a decir: si ya sabe mi Señor, testigo de mi conciencia, que su esclava le ha prometido no conocer nunca varón, ¿en virtud de qué ley o qué ha dispuesto para mí, de modo que pueda agrardarle cambiando de opción? Si fuera preciso quebrantar mi voto para tener este hijo, me alegraría por el hijo, pero me dolería romper con mi compromiso. Así y todo, hágase su voluntad” (IV:3).

Según santo Tomás, María había hecho un voto condicionado, confirmado al tiempo de los esponsales, todo antes de la anunciación (*Suma Teológica*, III,28,4, a 1 y a 3).

Y la lista de testigos podría continuar. Pero lo que ahora nos interesa es esto: ¿sobre qué fundamentos se basa esta doctrina tradicional? Aquí les presento las razones exegéticas y teológicas que me parecen más consistentes y de mayor peso.

Quienes conocen bien el griego, nos dicen que la forma *negativa* del tiempo presente del modo indicativo indica en esa lengua duración o estado habitual. Esto quiere decir que el “no conozco”, que encontramos en boca de María, denota un estado habitual, un modo de vivir comenzado en el pasado, con voluntad de conservarlo en el presente y proyectado al futuro. Lucas no desconoce este uso del tiempo presente; hace decir al publicano, significando una situación habitual: “No como dos veces a la semana” (18:12; cf. 7:8). Se trata en definitiva, de una fórmula equivalente a nuestro: no fumo, no bebo, no como carne.

De igual manera, los buenos conocedores del hebreo nos enseñan que la forma semítica (*yigtol*) subyacente en la formulación lucana tendría un matiz modal que denota: querer, poder, deber. Esta forma pudo muy bien ser traducida al griego con un presente a fin de significar: no querer, no poder, no deber... conocer varón.

Un don de Dios: conservarse virgen

Desde una perspectiva teológica podemos decir que María recibió una gracia excepcional en conformidad con su misión. Esta gracia la atrajo a una mayor intimidad con el Señor. Y esta intimidad se tradujo en una consagración de su virginidad. De hecho, la abstinencia sexual y la virginidad eran conocidas en su tiempo como medio y manifestación de una proximidad o unión más estrecha con Dios.

María sólo desea conocer a Dios. Sus palabras al ángel suenan como una protesta de fidelidad de la esposa del Señor. ella había escuchado en su corazón las palabras del Señor por medio del profeta: “Me casaré contigo en fidelidad y conocerás al Señor” (Os. 2:22).

Apelo, por último, a nuestra propia experiencia, que es la experiencia secular de la Iglesia. María pudo percibir con anterioridad a todos aquello que muchos de nosotros vivimos: la virginidad o celibato son el signo más vital para actuar y manifestar la entrega y donación absolutas al Señor. ¡El mejor uso que se puede hacer de lo más excelente es sacrificarlo a Dios!

Me parece estar escuchándoles decir: ¿si quería ser virgen, por qué se casó? La respuesta más simple parece ser esta: en su tiempo, fuera del ámbito de los esenios, no había otra forma de vivir el ideal de la virginidad; es decir, la única manera de vivirlo era al amparo de la institución matrimonial. De hecho, es así como se vivió la virginidad durante largo tiempo en los medios cristianos con vinculación judía (I Cor. 7:36-38). Esta posibilidad dependía de un solo requisito: otra persona que compartiera el mismo ideal.

Por lo demás, si María tenía un propósito de virginidad, no se explica un cambio de mentalidad después de la experiencia de la anunciación y del nacimiento de su hijo. Todo lo contrario. ¡Permaneció siempre virgen!

Y ya se habrán dado ustedes cuenta de todo lo que esto significa para la realidad matrimonial de nuestro padre san José.

La virginidad de José

La virginidad de María, debido a su matrimonio, es correlativa a la virginidad de José. Trataré de decirles ahora algo sobre el *hecho* y las *causas* de esta virginidad.

Para ser sinceros hay que decir que los evangelios no afirman directamente que san José haya guardado perpetua virginidad. Pero es fácil deducir esta realidad de los datos que ellos nos ofrecen.

La deducción sigue este camino: si José no tuvo otra esposa que María y si María es virgen, más aún, siempre virgen, entonces hay que afirmar lo mismo de José. Esta lógica cae por tierra si admitimos un casamiento previamente contraído por José: los apócrifos así lo enseñan, pero las Escrituras canónicas lo ignoran. De igual modo, la deducción no alcanzaría la conclusión, si suponemos que nuestro santo José hubiera alguna vez cometido un pecado de fornicación: esto iría abiertamente en contra de los evangelios que lo llaman “hombre justo”. En consecuencia, el iracundo y versado san Jerónimo tiene razón cuando expresa su convicción al revertir las opiniones del ignorante hereje Helvidio:

“Tú afirmas que María no permaneció virgen, pero yo voy más allá: el mismo José fue virgen por María, para que de su matrimonio virgen naciera un hijo virgen. La fornicación es algo que no encaja en un varón santo, y no se sabe que José tuviera otra mujer; no nos queda, pues, otro camino que admitir que el que mereció ser llamado padre de Cristo, fue también virgen al lado de María” (*Contra Helvidio*, 19; cf. 7-8, 9-10, 14; San Agustín, Sermón 51:21; *Sobre las nupcias y la concupiscencia*, 9:12).

Si bien la tradición conoce algunas excepciones, casi todos los padres latinos sostienen esta doctrina: José fue siempre virgen al igual que María. Ya en plena Edad Media, san Pedro Damiano podrá decir con pleno convencimiento: “Es fe de la Iglesia que no sólo la Madre fue virgen, sino también el que fuera tenido por su padre” (*Del sagrado celibato*, 3).

Admitido el hecho, podemos preguntarnos por su causa: ¿cómo recibió José el don de la virginidad?

Santo Tomás opina que José abrazó la virginidad movido por una inspiración divina similar a la recibida por María. He aquí sus palabras: “La bienaventurada Virgen María, antes de unirse con José, fue cerciorada por divina revelación de que José tenía el mismo propósito, y, por tanto, no se exponía a peligro casándose... Puede creerse que no solamente María, sino también José estaba dispuesto en su interior a guardar virginidad, a no ser que Dios ordenase otra cosa. Pero no manifestaron con palabras expresas esta intención al principio, sino más tarde, y así permanecieron siempre vírgenes” (*IV Sentencias*, 30, 2, 2 y a 2).

Pero también se puede pensar que José recibió el carisma virginal por intermedio de la misma María. Es decir: María fue mediadora del don de Dios a José. Y esta mediación pudo tener lugar de, al menos, dos formas.

Tengamos presente, en primer lugar, algo que ya les dije páginas atrás. La mujer judía estaba obligada a manifestar sus votos al futuro marido antes de los desposorios; si éste no los anulaba antes de las veinticuatro horas, los votos permanecían en vigencia. En caso que la desposada ocultase sus votos a su desposado, corría un doble riesgo: anular el desposorio, si el marido había puesto la condición de recibir una mujer sin votos; o, descubierto el caso, ser repudiada sin derecho a la devolución de la dote (*Ketubot 7,7*).

En consecuencia, José no podía ignorar un propósito o voto de virginidad por parte de María; y, al respetar sus deseos, quedaba comprometido con los mismos. De esta forma, la inspiración divina se habría valido de las intenciones de María para motivar a José a abrazar la virginidad en un contexto matrimonial.

Pero también el don de Dios pudo llegarle a José, por intermedio de María, en esta otra forma: el encuentro y la presencia de María en su vida. Se los explico con pocas palabras, dejando que ustedes agreguen las que faltan.

La experiencia enseña que el amor varonil se moldea o configura por medio del amor femenino. Casi diría que el amor del hombre se domestica y hace hogareño y familiar gracias al amor de la mujer. En el caso de san José, la configuración se tradujo en virginidad. La presencia corporal y personal de María, llena de gracia y de espíritu, transformó el amor de José potenciando imponderablemente su capacidad de afecto y ternura.

Sabemos también que, si bien la hermosura femenina atrae erótica y sexualmente al varón, cuando esta hermosura alcanza cierto umbral y trasparenta un encanto espiritual y trascendente, puede transmutar la energía vital de la dimensión carnal a la amistad interpersonal. Y esto es muy bien lo que pudo haberle sucedido a José ante la presencia de la Virgen. ¿No existen acaso muchos cristianos que, hechizados por la Inmaculada, se sienten atraídos y motivados a vivir ordenada y castamente su conyugalidad o a consagrarse en virginidad por el reino de los cielos?

Y puedo todavía agregarles algo más. El amor de José hacia María quedó arrebatado y transformado –y José quiso que así fuera– por el apasionado y límpido amor de María hacia su Dios y Señor.

Por todo lo compartido, me gusta pensar y decir que Dios se valió de María para comunicarle a José el don de la virginidad.

Un matrimonio virginal y una amistad conyugal

Ya son muchas las páginas que llevo escritas sobre José esposo de la virgen. Antes de pasar a conocerlo como padre, deseo sacar algunas *conclusiones* de todo lo precedente.

José está ligado a su esposa María con un vínculo indisoluble. Y este vínculo fue asumido con total libertad y con una actitud de obediencia y fe respecto al misterio querido y revelado por Dios.

La divina revelación nos enseña que el matrimonio de José y María fue consumado por el Espíritu de Dios mediante una concepción que le dio una plenitud definitiva. Y esta consumación divina debía ser respetada y manifestada con el signo de la perpetua virginidad.

Mediante el don de la virginidad, este matrimonio participó de la condición escatológica (Lc. 20:35): amor profundo y comunidad de vida, pero sin orientación hacia el sexo y la procreación.

Esta virginidad –es obvio, pero suele pasar desapercibido– solamente puede entenderse en el contexto del matrimonio, en el ámbito de una mutua pertenencia. Tanto el matrimonio cuanto la virginidad fueron queridos por Dios y consentidos por nuestros dos santos.

Esta doble y simultánea realidad, matrimonio y virginidad, le permitió a José enriquecerse personalmente con los frutos propios de toda amistad verdadera y profunda entre un varón y una mujer:

- Adquisición de una peculiar sensibilidad o empatía para comprender por afinidad al ser diferentemente sexuado y recíproco.

- Afirmación de su propia identidad personal y sexuada, y seguridad en la percepción de lo que la realidad circundante era o debía ser.
- Integración de la disposición femenina de su propia psique activada por la presencia y el diálogo con María mujer.
- Apertura a una amplia gama de vivencias interiores y a las diferentes tonalidades y manifestaciones del amor.
- Descubrimiento del otro –la otra– como diferente y atractivo, que le permitió un peculiar acceso al totalmente cercano Otro.
- Comprensión vital de la relación del hombre con Dios, tanto en clave de virginidad cuanto en clave de sponsalidad.

Y termino con una sexta conclusión que nos servirá de puente para el apartado que sigue: este matrimonio virginal fue un medio en orden al misterio de la encarnación del Hijo de Dios y a la relación paterna de José con Jesús.

3. PADRE DE JESÚS

El fin principal de la misión de José, lo que dio sentido último a su vida, es su paternidad respecto a Jesús. Paternidad prevista por Dios desde siempre en el misterio de su insondable providencia y predestinación.

Comienzo consultando a los evangelistas. Si hay tiempo, continuaré con una breve reflexión teológica y antropológica. Y, aunque no tengan tiempo, les sugiero que, a la luz del Espíritu y la Inmaculada, contemplen admirados el misterio.

Texto y mensaje materno

Resulta curioso: *Mateo*, tan cercano a nuestro santo, no nos dice nunca explícitamente que José es padre de Jesús. Lo más que llega a referir, por boca de los nazaretanos, y en forma de pregunta, es que Jesús es “hijo del carpintero” (13:55).

No obstante, el evangelista judío presenta siempre a José actuando como señor y padre de familia: la escena de los magos parece desarrollarse en su “casa” (2:11), y es él quien toma la iniciativa en la huída a Egipto, regreso a Israel y radicación en Nazaret (2:1-14, 20-21, 22-23).

Pero lo más importante es que san Mateo nos ofrece los motivos o razones en que se funda la paternidad de san José. Y es precisamente esto lo que ahora nos va a ocupar.

El centro y propósito del *primer* capítulo del evangelio mateano consiste en lo siguiente: explicar cómo Jesús es hijo de José y, por eso, descendiente de David y Mesías o Cristo davídico; y esto a pesar de la concepción virginal que, como hecho ya realizado e indiscutible, constituía la objeción fundamental.

Notemos que Mateo comienza su evangelio diciendo: “Libro de la generación de Jesucristo, hijo de David” (1:1). Luego, habiendo interrumpido la cadena de las generaciones (1:16), vuelve a retomarla con estas palabras: “La generación de Jesucristo fue de esta manera” (1:18). Tanto en el libro de la generación cuanto en la explicación de la misma, José es presentado como hijo de David (1:16,20).

Pero este capítulo introductorio de Mateo no es de fácil interpretación. En la explicación del proceso que convierte a José en padre de Jesús, hay tres realidades íntimamente relacionadas que se prestan a un doble entendimiento:

Conocimiento del misterio
(1:18,20-21)

- | | |
|-----------------------|-------------------------|
| – Ignorancia | – Conocimiento |
| – Revelación angélica | – Confirmación angélica |

Decisión respecto a María
(1:19)

- | | |
|-------------------------|-------------------------|
| – Divorcio por sospecha | – Alejamiento por temor |
|-------------------------|-------------------------|

Justicia de José
(1:19)

- | | |
|--------------------|---------------------|
| – Sentido jurídico | – Sentido religioso |
|--------------------|---------------------|

Tanto una como otra interpretación están avaladas por exégetas antiguos y modernos. ¿Cuál de las dos seguir? Se darán cuenta enseguida, si me siguen leyendo.

- *Se encontró encinta por obra del Espíritu Santo* (1:18).

La traducción literal del texto sería: fue encontrada teniendo en su vientre a aquel que procede del Espíritu Santo.

Mateo se dirige a sus lectores, les anticipa el origen divino de Jesucristo, no sea que tropiecen con un escándalo. Es como si les advirtiera: ...encinta, pero por obra del Espíritu divino.

El verbo en voz pasiva –fue encontrada– señala una realidad subyacente, la cual es doble: el hecho del embarazo, fácilmente comprobable, aun por el mismo José; y el modo del mismo, de imposible comprobación, pero de posible aceptación creyente basada en la palabra de María.

En definitiva, podemos opinar que José no sólo conoció el hecho, sino también la causa o modo del embarazo de María. La íntima amistad que crecía entre ellos no sufría secretos, sino que, por el contrario, ofrecía el ámbito más apropiado para las confidencias. Dios respetaba totalmente la libertad de José y le permitía actuar a sabiendas y queriendo.

- *Siendo justo y no queriendo ponerla en evidencia, resolvió repudiarla en secreto* (1:19).

El verbo *deigmatísai* utilizado por Mateo lo he traducido por “poner en evidencia”. De hecho, este verbo no implica ninguna nota de infamia; no significa denunciar, sino revelar o dar a conocer. Si el evangelista hubiera querido hablar de denuncia a causa de una infamia hubiera utilizado el verbo *paradeigmatísai*. El sentido parece ser éste: José no quiso divulgar el misterio divino de la concepción de su esposa.

Al decidir repudiarla en secreto, José soslaya la “ley de celosía” (Núm. 5:1-18; Dt. 22:20-21, 25-27), cuya aplicación sería infamante para María, pues se la consideraría como sospechosa de adulterio. Pero José está listo para redactar un acta de divorcio sin indicar las causas del mismo (si la explicara, ¿quién le creería?). De este modo María quedaba legalmente libre para lo que Dios dispusiera de ella. La existencia y uso de este tipo de actas está atestiguado por los recientes hallazgos arqueológicos en el Wadi Muraba, etc.

Pero, ¿por qué repudiarla o divorciarse? Pues “temía” (1:20) tomar consigo una mujer que había sido tomada por Dios y ser considerado padre de un niño celestial.

En consecuencia, José es justo por los siguientes motivos: por el temor reverencial ante la presencia y acción de Dios, que parecía excluir su participación (1:19); por buscar la voluntad

divina y estar dispuesto a cumplirla una vez hallada (1:24-25); porque su justicia va más allá de la mera letra de la ley (Cf. 5:20-48; 23:23).

– *El ángel del Señor se le apareció en sueños y le dijo... (1:20-21).*

Mediante el oráculo angélico Mateo explica a sus lectores que Jesús es hijo de David y José es su padre. Así Dios lo quiso, y lo dio a conocer mediante una revelación. La concepción virginal no es impedimento para la filiación davídica de Jesús.

Para entender el hecho subyacente tenemos que traducir el texto griego de Mateo en toda su integridad de matices, peculiarmente las partículas correlativas (concesiva-adversativa) *gár...dé*: “José, hijo de David, no temas por tomar contigo a María tu mujer; ciertamente (*gár*) lo engendrado en ella es del Espíritu Santo; no obstante (*dé*) dará a luz un hijo y tú le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados” (Cf. 18:7, 22:14; 24:6).

Como se puede ver por la traducción literal, la revelación de Dios confirma a José en aquello que ya sabía por confidencia de María y lo invita a participar en el misterio que está teniendo lugar.

– *Tú le pondrás por nombre Jesús (1:21).*

En la tradición judía, poner el nombre a algo o alguien era asunto de importancia capital (Gn. 2:19-20; 17:5; 32:28-29). La imposición del nombre era un derecho inherente a los padres; de este modo ejercían un dominio sobre el hijo, discernían su vida y marcaban así su personalidad y futuro. Se trataba casi de un segundo momento en la acción procreadora (Gn. 16:15; 17:19; etc.; Lc. 1:59-63).

En la literatura rabínica, poner el nombre es equivalente a reconocer un niño como propio aunque no se lo haya engendrado (*Baba Bathra* 8,6).

Recordemos también que en el pueblo elegido la paternidad legal podía, en algunos casos, como la ley de levirato y la atribución de hijos de una esclava, prevalecer sobre la paternidad natural (Dt. 25:5-6; Gn. 30:1-13).

De todo lo precedente se deduce que José, al imponer el nombre al niño, lo incluía como hijo propio, en la descendencia de David.

San Juan Crisóstomo entendió muy bien el sentido del texto cuando, haciendo hablar al ángel, comenta: “Aunque nada tengas que hacer en su generación..., sin embargo te confiero lo que es propio de un padre..., que le impongas el nombre; te lo entrego (a Jesús) para que hagas con él las veces de padre” (*Homilias sobre Mateo*, IV).

– *Todo esto sucedió para que se cumpliera el oráculo del Señor... (1:22-23).*

“Todo esto”, es decir: la profecía se refería no sólo a la concepción virginal, a raíz de la cual el niño es llamado “Dios con nosotros”; sino también a la filiación davídica del niño: notemos que el oráculo está dirigido a la “casa de David” (Is. 7:13).

Diciendo “le pondrán por nombre”, Mateo pluraliza el texto original a fin de incluir a José y asegurar la filiación davídica de Jesús.

– *Despertado José del sueño hizo como el ángel del Señor le había mandado (1:24-25).*

José tomó a María consigo, con lo cual coronó su desposorio con las bodas. La frase: “No la conoció hasta que ella dio a luz un hijo”, deja salvaguardada la concepción virginal, pero no dice nada sobre el período posterior; indica, no obstante, que José no tomó a María consigo para un matrimonio común y corriente.

Sellando sus bodas con María, José asume como propio el hijo engendrado en ella por el Espíritu, de aquí que le ponga el nombre. Y, al llamarlo Jesús, José cree que este niño salvará al pueblo de sus pecados.

Hasta aquí el análisis del texto, y ahora la síntesis de su mensaje. Los destinatarios del evangelio de Mateo querían saber cómo Jesús era hijo de David y Mesías según las Escrituras, a pesar de las tradiciones corrientes sobre su nacimiento virginal. Mateo se lo explica con claridad y sencillez: José, con pleno conocimiento de causa e iluminado sobrenaturalmente, tomó consigo a María y aceptó que Jesús fuese hijo suyo según la ley.

Al mismo tiempo que responde a la pregunta de sus lectores, Mateo nos revela algo, por no decir mucho, de la personalidad de nuestro santo. El drama y la prueba vividos por José cuando conoció la concepción del hijo de María, *no fueron causados por el hecho de la concepción, sino por el modo divino de la misma*. José no encontraba dificultad en aceptar una intervención de Dios: toda la historia de su pueblo era un claro testimonio de dichas intervenciones. Creyó firmemente que la concepción de su esposa era una de esas irrupciones portentosas de Dios en favor de los suyos. Creyó en la encarnación del hijo de Dios sin contar con el apoyo de la resurrección. La causa del problema estaba precisamente en su gran fe y justicia, traducidas en temor y respeto a Dios y a todo lo santo. Su reacción fue igual a la de los santos patriarcas: alejarse de la zarza ardiente, alejarse del arca..., símbolos de la presencia divina (Ex. 3:6; II Sam. 6:9; cf. Mt. 9:8; 14:26; 17:6; 28:5,8,10; San Bernardo, *Alabanzas de la Virgen Madre*, II:14).

Dios había intervenido, pero parecía no darle parte en el misterio. José jamás intervendría a menos que Dios lo invitara. ¡Y Dios lo invitó!

Los datos de Lucas

En el evangelio de *Lucas* sólo encontramos algunos indicios de las razones que fundan la paternidad de José: María es esposa de José (1:27; 2:5) y Jesús es heredero de David (1:32) porque José es esposo de María y descendiente davídico (1:27; 2:4).

La originalidad de san Lucas consiste en lo siguiente: presenta reiteradamente a José como padre de Jesús, llamándolo “padre”, y a éste como hijo suyo (2:27,33,41,43,48; 4:22; cf. Jn. 6:42).

José es, pues, padre, pero no en sentido natural, físico o genético. El evangelista tuvo buen cuidado de presentar en primer lugar la concepción virginal de María (1:35), y concluir diciendo que Jesús era, “según se pensaba”, hijo de José (3:23).

Pero, ¿qué mensaje encierra esta insistencia lucana en la paternidad de José? Si Jesús, llegado a la adolescencia, “vivía sujeto a ellos” (2:51), o sea, vivía sometido en obediencia, es porque reconocía a José como padre y señor. Y este reconocimiento, para poder ser real, tuvo que pasar por la crisis de la prueba y la purificación: “¿No sabías que yo debía estar en la casa de mi Padre?” (2:49).

Los datos elaborados por la teología

Y de la revelación bíblica pasamos a la *teología*, esto es, la fe que busca entendimiento del dato revelado con la ayuda de la razón.

José es verdadero padre de Jesús, pero no es su padre natural. Y aquí comienzan los problemas. En las relaciones humanas corrientes, la paternidad natural se identifica con la paternidad verdadera. Pero si pasamos al ámbito de Dios y sus obras, las cosas cambian. Nosotros afirmamos ser verdaderamente hijos de Dios, pero nadie en sana ortodoxia llamaría natural a esta filiación o paternidad. Por el contrario, a nuestra filiación divina la denominamos adoptiva, sin que esto atente contra su veracidad ni menoscabe su realidad.

¿Qué conclusión sacamos de lo que antecede? El lenguaje humano es muy limitado para expresar lo divino y relacionado con Dios. No obstante, si la teología es palabra referente a Dios, no siempre puede quedarse callada. Puntualizo la cuestión: ¿con qué adjetivos calificaron los teólogos

la paternidad de José? Acá les presento algunas respuestas; todas tienen algo de verdad, pero no la verdad completa.

- Padre *nutricio*: En efecto, José nutrió y procuró satisfacer todas las necesidades corporales de Jesús. Pero, evidentemente, fue e hizo mucho más que eso.
- Padre *putativo*: Este calificativo proviene de Lucas; leemos en su evangelio: Jesús era, “según se pensaba” (en latín: *putabatur*), hijo de José (3:23). Es decir, José es considerado o tenido como padre, pero no lo es. Es fácil percibir los límites de esta calificación.
- Padre *adoptivo*: Pero resulta que la adopción se refiere a alguien ajeno al propio matrimonio, lo cual no sucedió con Jesús. O, acaso, ¿fue Jesús quien adoptó a José?
- Padre *virginal*: Es verdad que José es padre y es virgen, aunque de una manera muy distinta a como María es madre y virgen. Se excluye la paternidad natural, pero, ¿qué es lo que se incluye?
- Padre *matrimonial*: El matrimonio con María, en efecto, fue el medio para la paternidad de José. Así como José es esposo de María por el vínculo matrimonial sin unión corporal, así también, por dicho vínculo, es padre de Jesús aunque sin paternidad física o natural. Pero, ¿no hubo algún ligamen que vinculara directa e íntimamente a José con Jesús? Y, si lo hubo, ¿en qué consistió?

Y no hace falta agregar nada más para caer en la cuenta del problema y la dificultad en resolverlo. Intentemos otro camino de solución. Espero que no les resulte más rodeo que atajo.

La paternidad de la Alianza

La tesis es ésta: la paternidad de José no es físico-natural ni legal-adoptiva, es la paternidad *de la Alianza*; José es padre según la promesa. Porque creyó (en el hecho de la encarnación mesiánica) y acogió a María (según la voluntad de Dios), José fue justo y padre (Cf. Rom. 4). El Señor Dios selló con José de Nazaret una alianza en paternidad.

Les confieso que estoy hablando por boca ajena, la de Juan Pablo II. Me valgo de sus palabras pues expresan mejor que las mías lo que ahora quiero decirles.

“Sellé una alianza con mi elegido, jurando a David mi siervo: te fundaré un linaje perpetuo” (Sal. 89:4-5). El salmista habla de David-rey, pero la liturgia se refiere a José el carpintero. Dios selló precisamente con él una alianza especial, que la Iglesia compara con la establecida por Dios con Abraham y con David.

El Dios de la alianza dice a Abraham: “Te haré padre de una muchedumbre de pueblos” (Gn. 17:5). Y a José de Nazaret, Dios dice: ¡Te he hecho padre..., el padre de mi Hijo! Ante los hombres he hecho de ti el padre de Aquel “que fue concebido del Espíritu Santo”, de ti que creíste como Abraham que, “apoyado en la esperanza, creyó contra toda esperanza” (Rom. 4:18; cf. Gn. 15:6). Y en esta fe has acogido bajo el techo de tu casa a Aquel que fue Esperanza y Espera de todos los pueblos: Jesús, hijo de María.

Abraham creyó contra toda esperanza al hecho de poder ser padre de una muchedumbre de pueblos. Contra toda esperanza, porque humanamente no podía esperar un hijo. José creyó que junto a él se había realizado el cumplimiento de la esperanza. Creyó que por obra del Espíritu, María, su esposa, la Virgen de Nazaret, se había convertido en madre, antes de vivir juntos (Mt. 1:18, 20-21).

José, que había creído al mensajero angélico, selló con Dios una alianza especial: la Alianza en la Paternidad. Desde entonces sabría qué debían significar en su vida y en su vocación las

expresiones del salmo: “Él me invocará: tú eres mi padre” (Sal. 89:27). En efecto, Jesús lo llamaba así. Y todos los vecinos decían lo mismo, llamando a Jesús “hijo del carpintero” (Mt. 13:55). Y él, José, sabía que estas palabras se referían al Padre eterno, Creador del cielo y de la tierra.

José sabía que se había realizado la alianza más sagrada. Sabía que su pobre casa de Nazaret se había llenado con el inescrutable misterio de la Paternidad divina, del que él mismo, José, se había convertido en el fiduciario más próximo y en el siervo fiel. Él, el esposo de María, la sierva del Señor (Cf. Juan Pablo II, Homilía del 24-III-1985).

Continúo ahora con mi propia boca, con la esperanza de que el Espíritu la llene con su palabra. La teología ha de ir siempre de la mano con la Biblia.

El amor de Dios, que fue derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado, nos permite llamar a Dios, con afecto filial, Abba-Papá (Rom. 5:5; 8:15; Gál. 4:6). Este mismo amor se traduce en sentimientos fraternos hacia Jesús y todos los hombres. En el caso de José sucede, además, algo particular: ¡el amor del Espíritu se convierte en afecto paterno hacia Jesús! José es el único ser humano que participa del amor paterno del Padre eterno hacia el Verbo hecho hombre. La caridad de José, por especial gracia de Dios, tiene un algo del amor paterno del mismo Dios.

Sin más, “padre de Jesús”

Y agrego aún algo más a la paternidad josefina. En la tradición judía, la educación del hijo era casi tan importante, si no más, que el simple hecho de engendrarlo a la vida. Los hijos varones, pasada la infancia, quedaban bajo la tutela paterna a fin de aprender las tradiciones nacionales y religiosas, las leyes divinas, las oraciones de bendición y acción de gracias, y un oficio o profesión para ganarse la vida y ser útiles a la sociedad. Detrás de la educación cultural, religiosa y artesanal de Jesús se encuentra su padre y maestro José. El sirácida, refiriéndose a los frutos de una lograda educación, nos dice: “Murió su padre, y es como si no hubiera muerto, pues dejó tras de sí un hombre igual que él” (Eclo. 30:4).

Sintetizo lo más importante de lo que les vengo diciendo. La paternidad de José fue: prevista y predeterminada por Dios; anunciada y con petición de asentimiento; libremente aceptada; más alta que cualquier otra paternidad por estar más cerca de la fuente de toda paternidad; y exigente de unas condiciones de santidad, en correspondencia con lo peculiar de la misión, que fueron plenamente vividas.

Si no se prestase a confusión –y estoy seguro que esto no sucederá con ustedes-, me gustaría llamar a José “padre”, sin más, al igual que llamamos a María “madre” de Jesús, excluyendo en la concepción la obra de varón. Así lo llama María. Quizás porque sabía que el analogado supremo –el punto de comparación más alto– de la paternidad no es carnal sino espiritual, o sea, la paternidad de Dios, de quien desciende y depende toda paternidad. Bien sabe María que la paternidad de su esposo José es la más directamente unida a la paternidad divina, y que representó para su hijo el poder, la autoridad y la persona del Padre que está en los cielos.

El fenómeno de la paternidad

Sin dejar las ciencias sagradas, pasemos por un momento a la *antropología*, o ciencia del hombre: ¿Qué podemos decir como simples humanos de la paternidad de José? ¿Qué nos enseñan las ciencias humanas sobre el fenómeno paterno?

No voy a ser ahora demasiado prolijo. Permítanme que deje salir, aunque sea a borbotones, todo lo que tengo dentro.

La persona existe por otros y para otros. La relación de amor entre dos seres es el medio por el cual llegamos a la existencia. Y es precisamente mediante el amor y la entrega que maduramos como personas. Naciendo y creciendo, somos siempre uno en relación. Jesús, aunque de un modo peculiar, se ajustó a esta ley de la vida.

Todo lo que vive y afecta a una madre, repercute y afecta al niño que se gesta en su seno. El apoyo, cariño y comprensión del marido dan seguridad a la esposa grávida, y esto se traduce en sentimientos de amor hacia la criatura que crece en ella. La cariñosa y cordial relación afectiva entre José y María tuvo honda repercusión en la sensibilidad humana de Jesús mientras se gestaba en el vientre materno. De esta manera, José esposo comenzó a ser ya padre de Jesús, por su *afecto* a María, inmediatamente después de la concepción virginal.

La paternidad, más que un vínculo biológico, es algo de orden espiritual y afectivo. Ser progenitor es cuestión de segundos, ser padre demanda toda la vida; padre no es el que engendra, sino el que *educa*. Esta paternidad transforma la existencia de la persona. Al gusto y contento por la heredad y prolongación social, se le juntan la responsabilidad y el esfuerzo por cuidar y educar al hijo. El hombre que se convierte en padre cruza un umbral de su existencia. José vivió todo esto: fue padre, no porque comunicó su carne y su sangre, sino porque comunicó su personalidad y educó a Jesús; el nacimiento de su hijo significó, además, un antes y un después en su vida.

Sabemos que la mayor necesidad de cualquier niño es de tipo relacional. El amor paterno y materno dan el sentido básico de *seguridad* y confianza en la vida. El amor paterno de José, que tenía su fuente en la riqueza de su amor sponsal y la trascendencia de su amor divino, le permitió a Jesús llegar a ser alguien seguro de sí mismo y capaz de confrontar creativamente el mundo de los hombres y de la naturaleza.

A medida que el niño crece, va ganando independencia vital respecto a su madre y, al mismo tiempo, comienza a ganar más importancia la relación paterna. Pronto llega el momento en que el niño reconoce dos formas diferentes de amor, la de la madre y la del padre. La primera, caracterizada por la incondicionalidad, misericordia y afecto; y la segunda, que se caracteriza por ser condicional, veraz y efectiva. aparece así la figura de la *autoridad* paterna con sus peculiares exigencias. Jesús respondió a la autoridad de José con sumisión y obediencia; y esta autoridad fue ejercida de tal manera que le permitió a Jesús formar su propia conciencia y madurar en libertad hasta alcanzar la autonomía de su propia personalidad.

Si bien cualquier educación está siempre condicionada por pautas de conducta heredadas y recibidas, por tradiciones, costumbres y ambientes, no obstante, para merecer tal nombre, ha de ser *personal y personalizante*. José supo muy bien que los hijos no se educan con moldes prefabricados, sino mediante relaciones existenciales; por eso su principal instrumento educativo fue su propia personalidad sponsal y paterna.

El proceso educativo dura mientras dura la vida. Cambia con el crecimiento del hijo, pero nunca deja de existir. La educación paterna es un compromiso *de por vida*. Y así fue, exactamente, la relación educativa que José entabló con su hijo Jesús.

Hijo reconocido, Padre reconocido

Toda genuina relación entre un padre y su hijo implica un *mutuo reconocimiento*. En este sentido, los hijos son también creadores de sus padres. José fue padre de Jesús porque éste lo reconoció como tal y lo llamó *abbá*, papá. Asimismo, en esta intimidad vital y relacional con José, Jesús aprendió entrañablemente a decir Abba, en relación a su Padre eterno.

Jesús *admiró* a su padre, pero José nunca intentó suplantar el amor por la admiración. Se mostró siempre ante su hijo tal cual era; y precisamente por eso fue amado y admirado.

Jesús comenzó amando a José, su padre, al igual que cualquier niño, porque se sentía amado por él. Llegado a la edad madura, el “te amo porque me amas” se transformó en un “me amas y yo también te amo”. En esta reciprocidad de amor creció la mutua confianza que hizo del padre y del hijo dos sinceros *amigos*.

No sabemos a qué edad murió José, pero me gusta pensar que llegó a esa edad en que todo padre necesita el *cariño y la comprensión* de su hijo. Esto no le faltó a José y, por lo mismo, se sintió colmadamente feliz y plenamente padre; una vez más, se lo debía a su hijo.

La madurez en la soledad intensifica la capacidad relacional del hombre. Quien posee un sí mismo maduro, es más capaz de relaciones creativas y plenificantes. Jesús llegó a ser un hombre pleno que llevó a máxima madurez la paternidad de su padre.

Si el padre es para el hijo lo que la madre quiere, según opinan algunos, entonces José fue, también por este motivo, el más padre de los padres.

José, como todo padre, se *prolongó* en su hijo Jesús. Pero más que de prolongación, habría que hablar de complementariedad: Jesús fue distinto, aunque sin dejar de parecersele.

4. PATRONO DE LOS AGONIZANTES

Dice un antiguo refrán popular: se muere como se vive. Y es verdad. El testigo de una muerte es también testigo de una vida. Conociendo cómo ha muerto un hombre, podemos también saber cómo ha vivido. Me acerco con respeto sumo a José agonizante, a José próximo a dar su último paso, el paso pascual. Confío poder participar así más hondamente en su intimidad y abrirme a su gracia, para imitar sus ejemplos y glorificar a nuestro Dios. Acerquémonos juntos para juntos llorar su muerte y celebrar su pascua.

Llega la pascua de José

Sabemos muy poco sobre la muerte de nuestro santo; simplemente: murió, sin estridencias ni ruidos, tal como había vivido. La Escritura es muda al respecto, y no existe una tradición unánime y constante.

Los evangelios nos permiten deducir el *momento* del hecho. No nos dicen nada de José en sus relatos de la pasión; brilla por su ausencia durante toda la vida pública de su hijo, el Maestro; no asiste con María a las bodas de Caná. Todo conduce a decir que José había muerto en Nazaret antes de la marcha de Jesús hacia el río Jordán para ser bautizado por Juan.

Opino que José había llegado a la *edad madura*, madurez que llega y a la que se llega cuando ya se han vivido unos cuarenta y cinco o cincuenta años. Conoció por experiencia lo que cualquiera de nosotros puede experimentar al llegar o pasar esa edad.

- Descubrió que lo que hubiera podido llegar a ser, ya *difícilmente* lo sería.
- Supo que ya no había un nuevo nacer, un renovado comenzar, sin el *peso* de los años y la vejez.
- Poseyó su propia vida con más *hondura*, claridad y gusto que antes.
- Se sintió paternalmente *pleno* y con capacidad para cuidar y orientar otras vidas más jóvenes y, quizás, también más viejas.
- Sabía, sin siquiera pensarlo, que la muerte podía visitarlo en *cualquier* momento.

La sabiduría de la vida le había enseñado que no cualquier mocedad es juventud, y que se precisan muchos años para aprender a ser joven. Estaba convencido de que ningún joven puede decir con certeza: ¡viviré mañana! y que no hay anciano que puede afirmar con seguridad: ¡moriré mañana!

Con seguridad, José, hombre maduro, gozaba también de los frutos de la *ancianidad*. Estaba satisfecho de su vida, valía la pena haber vivido, todo estaba en orden, todo tenía sentido: se sentía valioso por lo que era, por lo hecho, y por haber servido y sido útil a otros.

Sus achaques y enfermedad habían reducido su salud física, pero no vivía centrado en sus dolores ni preocupado por ellos: trascendía lo corporal. La muerte que rondaba tampoco lo

encerraba en su propio ego; vivía, lo que le restaba de vida, con gratitud, generosidad y fiesta, interesándose por los demás: trascendía su propio yo.

José vive su pascua

Supongo que, como cualquier mortal, aunque sin el dramatismo de todos, entabló con la muerte el *último diálogo* de la vida. Su naturaleza humana conoció esas cinco vivencias terminales de todo humano en el ocaso de la vida:

- Negación: ¡Yo no!
- Resentimiento: ¿Por qué yo?
- Discusión: ¡Está bien! ¿Pero sería posible esperar...?
- Resignación: Me inclino ante lo inevitable.
- Aceptación: ¡En tus manos entrego mi espíritu!

San José murió. Vivió en toda su hondura y espesor la realidad polifacética de la muerte. Abrazó todas sus dimensiones, conoció todos sus *aspectos*:

- *Aspecto natural*: La muerte es un acontecimiento de la vida; la vida humana dentro del tiempo es finita, es mortal. Esta vida alcanza su meta y plenitud en la muerte. Con la muerte concluyen, para el muerto, todas las actividades, funciones y relaciones. La muerte nos recuerda nuestra íntima interdependencia con la naturaleza: somos polvo y retornamos al polvo. Con la muerte expira la última nota musical de la fiesta de la vida. En realidad, toda la vida está penetrada por la muerte, pues la vida implica una constante dinámica de conservación y disolución: al principio la marcha es ascendente, pero luego la curva biológica comienza su descenso, aunque la curva personal puede continuar su crecimiento.
- *Aspecto social*: La muerte es también un hecho social. No se muere de igual forma aquí o allí, hoy o ayer. Los ricos no suelen acabar sus vidas igual que suelen concluirla los pobres. Muchos ricos, casi todos, ocultan y silencian la muerte; muchos pobres, la inmensa mayoría, no la pueden ignorar, la tienen siempre presente, al acecho, y muchas veces la sociedad se la impone. Unos suelen morir con los puños apretados o como queriendo agarrar lo que irremediamente dejan; otros mueren con las manos abiertas, libres de todo, o con las manos juntas, llenas de oración. El entorno ayuda, para mal o para bien.
- *Aspecto personal*: La muerte es posibilidad para que la persona recoja en un manojo toda su vida, la asuma, responda por ella, y se proyecte hacia adelante por la senda que venía trazando con su caminar. La persona puede darle un sentido a la muerte: la muerte nos sobreviene, pero podemos sobreponernos a ella; nos angustia pues parece que la necesidad se impone a la libertad, mas la libertad puede abrazar la muerte y hacer de ella una ofrenda de la vida. Pero la muerte como ofrenda no es algo que se improvisa, es algo que se prepara y anticipa con todas las opciones libres de la vida.
- *Aspecto teologal*: La fe nos permite enfrentar la muerte como un último acto libre de autoentrega al Señor de la vida. La fe, esperanza y caridad divinizan la muerte permitiéndonos morir con y como Cristo: en sacrificio y ofrenda por la redención de todos. La muerte, en

Cristo, es una afirmación rotunda de que ella no tiene la última palabra; la muerte y el pecado que la causa caen vencidos por la vida eterna que el Resucitado nos regala.

José ante la muerte

Me detengo un momento en lo teologal de la muerte, la de José. Hay verdades que no deben quedar a la sombra; trataré de sacarlas a la luz.

En su última hora desfilaban por la conciencia de José algunos hechos de su vida esponsal y paterna: el sí de María, que implicaba el suyo, a la concepción virginal de su hijo; su aceptación total del mismo al aceptar a su esposa, una vez que Dios le manifestó su querer; el lugar que les preparó para el alumbramiento; la circuncisión y la presentación en el templo; la huida a Egipto y el retorno a Nazaret; la pascua aquella en la que Jesús quedó en Jerusalén.

Lo más inolvidable y patético, sin duda, eran aquellas palabras del profeta Simeón: “Este está puesto para caída y elevación de muchos en Israel, y para ser señal de contradicción –¡y a ti misma una espada te atravesará el alma!– a fin de que queden al descubierto las intenciones de muchos corazones” (Lc. 2:34-35). Como así también aquellas otras de Jesús adolescente: “¿No sabíais que yo debía estar en la casa de mi Padre?” (Lc. 2:49).

Había detrás de todo eso un gran misterio que aún no se había cumplido. José lo sabía. Abandonaba a los suyos mientras aún pendía sobre ellos la espada del dolor. Su hijo convertido en signo de contradicción y su esposa atravesada le eran causa de inconcebible y cruenta compasión. Pero el Padre eterno disponía que él marchara ya. ¡Hágase tu voluntad!, oró José, en nombre propio, de Jesús y de María.

Jesús fue y es el único mediador entre Dios y los hombres. Pero todos tenemos parte en la plenitud de su mediación. En primer lugar y como ninguno, María; luego, José. En el himno de vísperas, de la liturgia romana, para la fiesta de la Sagrada Familia, se canta de ellos: “Nacidos para salvación de los pueblos”.

Los tres estaban inseparablemente unidos. Juntos recordaban: “En aquel tiempo... los justos brillarán como el fulgor del firmamento, y los que enseñaron a la multitud la justicia, serán como estrellas, por toda la eternidad” (Dn. 12:1,3). Estaban seguros que se volverían a encontrar en el “tiempo de la misericordia” (II Mac. 7:29). En el momento de la muerte sus ojos de fe estaban clavados en el Dios que no permite que su santo experimente la corrupción (Cf. Sal. 16:8-11).

El testamento de José y nuestra propia muerte

Más de una vez he soñado con el *testamento* de san José. Se lo comparto, pero sepan que no pasa de pura imaginación. Dice así:

“Jesús, te entrego lo que más he amado en esta tierra: mi esposa, tu madre. Y te dejo también mi más entrañable agradecimiento por haberme hecho tu padre y porque me enseñaste a rezar diciendo: ¡Padre nuestro! Por lo demás, no temas: te aguarda la contradicción, llevarás el pecado del pueblo, justificarás a todos, verás la luz, tu Dios no te abandonará en el Hades”.

Y exhaló José su último suspiro. Murió solo, su propia muerte, al fin de su propia vida. Murió también en solidaridad y compañía. El y ella lo rodeaban, ellos tres se pertenecían. María pudo decir: se me murió mi esposo; Jesús: murió mi padre; y ambos: se nos murió José. Muerte sola y solidaria como pocas, una buena muerte, una muerte digna: confortado por los suyos y con total libertad para reconocer y asumir la postrera hora. Por eso la Iglesia lo proclamó consolador, abogado y *patrono de los agonizantes*, y le rezamos así:

“A ti recurrimos, san José, patrono de los que van a morir, y a ti encomendamos al agonizante. A tu tránsito asistieron solícitamente Jesús y María. Por tu amor a esos dos seres queridísimos, te suplicamos que ahora defiendas a quien agoniza, lo protejas para que sea libre de la muerte eterna y merezca entrar en la eternidad gozosa” (Benedicto XV, *Bonum sane*).

Muriendo partió para el “seno de Abraham”, allí donde moraban y esperaban los justos la visita del Redentor del mundo. La teología católica opina devotamente, basándose en motivos de conveniencia, que Jesús resucitado *resucitó* al santísimo José y lo llevó consigo a la gloria eterna (Cf. Juan XXIII, Homilía del 26-V-60).

Hoy es 25 de abril, pero de 1988: ¡hace un año que comencé esta carta! José me ha acompañado a lo largo de todo este año de gracia con María.

Ahora sé más que nunca que sin fe enamorada no se puede conocer a san José: su vida está oculta con Cristo en Dios. Habiendo participado de su intimidad resta ahora imitar sus ejemplos.

Al hablar de José, ¿hemos hablado de él o de otros? Ya les decía: José siempre se hace a un lado para que sobresalgamos Jesús, María y nosotros.

Con un abrazo grande en la soledad solidaria de José de santa María.

Bernardo